

Sólo por Preguntar

Aureliano Castillo León

18 de agosto de 2009

Una sala, al fondo una escalera y sobre ésta, el desván. Espacios de una casa que alguna vez fue elegante. Vestigios de antaño por todas partes, cajas, libros, viejos juguetes, todo revuelto. Ella y Él, cubiertos tan solo con trapos, no tienen edad; parecen jóvenes pero son niños envejecidos, o bien, viejos muy inocentes.

1

Él: ¿Y la ventana? ¿Has visto la ventana?

Ella: ¿La ventana?

Él: Si, Leona, la ventana.

Ella: ¿Cuál ventana?

Él: Ay, de veras contigo...

Ella: Perdón, no te pongas así; sólo preguntaba que...

Él: No, espera, ahora que lo pienso es una buena pregunta. Deja hago memoria... Ah, si, ya recuerdo; llevo tanto tiempo preocupado por no encontrarla que ya había olvidado cuál ventana...

Ella: ¿Cuál ventana, mi vida?

Él: La pequeñita, la que la tataratía Leonor pintó de rosa.

Ella: ¡Ay, corazón! Pero si nunca te ha gustado esa ventana...

Él: Pues la ventana no me gusta. Lo que pasa es que últimamente es la única por la que puedo ver a los Ortrúpios de afuera. En las otras sólo aparecen los Resémbalos. ¡Vaya plaga!... ¿La has visto?

Ella: Pues no hace mucho que bajaba la escalera y me asomé. Tienes razón, es lindo poder ver a los Ortrúpios.

Él: Pero ¿la has visto?

Ella: ¿No acabo de decirte que si, pendejo?

Él: No, gatita, lo que acabas de hacer fue decirme que has visto a través de ella.

Lo que yo te pregunto es si la has visto a ella.

Ella: Pues es lógico, ¿no?... Pensar que si he visto a través de ella es porque la he visto.

Él: Sí, tienes razón... Pero igual no la encuentro. No hace mucho que bajaba por la escalera y volteé a donde siempre esperando ver a los... Pero no había nada. Vaya, ni la pared estaba. Había un vacío, un nada. Desde entonces la busco... Ni me estás escuchando. ¡Deja ya ese libro, Rocío! Lo has leído cinco veces.

Ella: Esta vez lo leo al revés. Espera, ya casi acabo.

Emradroca oreiuq on erbmon oyuc ed ahcnam al ed ragul un ne.

Él: ¿Eso qué?

Ella: Es el final del libro, bueno, el principio, la verdad da igual. De cualquier modo nunca he entendido por qué existe. Por qué ese señor Saavedra que dice ahí escribió eso. Creo que ya te lo había dicho, ¿no? ¿Que lo leo para tratar de entender por qué alguien escribiría eso? Deja tú que no comprenda yo la historia... Claro, cómo habría de comprenderla si ni siquiera alcanzo a entender por qué alguien querría escribirla.

¿Qué pasa, Conde? ¿Qué? ¿Qué me ves? ¿Por qué pones esa cara?

Él: Verte con los lentes de la tataratía Leonor...

Ella: Sólo los uso para leer, no te burles.

Él: No, espera, no te los quites. Déjame terminar.

Verte con los lentes de la tataratía Leonor me da comezón.

Ella: ¿Comezón? ¿Te da comezón?

Él: Sí. Verte con los lentes de la tataratía Leonor me da comezón... ahí.

Ella: Ahh... ¿Los lentes de la tataratía Leonor?

Él: En tu cara. Ese aspecto, ah, como de Lechuza que, ah... ah, te hace ver tan, ahhh, diferente.

Ella: Vaya que te da comezón ¿eh?

Él: Ajá...

Ella: Y... ¿Quieres que te rasque?

Él: ¿Te lo hubiera dicho si no?

Sí, así, ahí...

Ella: Verte tan hinchado me da comezón a mí.

Él: Sí, es que hace mucho que no me daba tanta... Ahh.

Ella: Tu mano. Si, ahí, Gonzalo, ahí...

Él: Sí, ahí. Pero tú no te detengas... ¿Así?

Ella: Ajá, sí, sí... Oye... ¿te acuerdas de lo que me dijiste la primera vez?

Él: La primera vez...

Ella: RePítemelo... ah...

Él: Ahhh-ver, teee dij-e... Ahhhora que nos... miramos aquí... ah, ah...

Ella: Mmm, ajá...

Él: En este lugar de los, ahí, ahí... dos. Quisiera saber, sólo por preguntar...

Ella: PREGÚNTAME, ah, ah, así...

Él: ¿PODRÍAS RASCARME AQUÍ?

Ambos: Aaaahhhhhhhh

Ella: Ahora que lo pienso, fuiste muy atrevido al decir eso la primera vez.

Él: Pero nos rascamos, ¿no?

Ella: Sí. Y estuvo bien...

Él: ¿Y ahora?

Ella: ¿Qué?

Él: ¿Estuvo bien?

Ella: Estuvo bien.

¿Por qué cada vez pasa más y más tiempo?

Él: No sé, la comezón escasea.

¿Vas a ayudarme a buscar la ventana?

2

Él: ¡Putas!... ¿la encontraste?

Ella: No, cariño. ¿Tú?

Él: ¿Qué?

Ella: ¿La encontraste?

Él: No... A penas puedo ver. Yo no sé como se te ocurren estas cosas. La ventana en el desván...

¿Cómo iba a llegar hasta acá? A ver, ¿cómo?

Ella: Pablo, ven. Mira lo que encontré.

Él: Las ventanas no vuelan, ni caminan, al menos que yo sepa...

Ella: Sí, y tampoco desaparecen y aquí estamos, buscando la ventana. Ya, ven a ver esto.

Él: No puedo ir, a penas veo donde estoy. ¿Por qué no prendiste la luz?

Ella: Ya te dije que no hay luz aquí arriba.

Él: ¿Por qué no me dijiste que pusiera una?

Ella: Porque... ¡Ay, ya! Yo voy; te dije que agarraras también una caja de cerillos.

Él: Me quemo. Con cerillos me quemo.

Ella: Una vez, te quemaste una vez...

Ya, tranquilo, el cerillo lo tengo yo, ¿ves? No pasa nada. No lo veas así, que no está vivo... Mira.

Él: ¿De dónde sacaste esa foto?

Ella: Encontré el viejo baúl de los vejestorios. Estaba adentro.

Él: La tataratía Leonor se veía joven.

Ella: ¡La tataratía Leonor...! Andas muy Leonorizado hoy. Olvídate de la tataratía Leonor un momento. ¿No reconoces a nadie más?

Él: Somos nosotros, Emma, todos nosotros.

Ella: En la sala, jugando. Nos veíamos todos tan sonrientes.

Él: ¡Au!... No me los acerques tanto al prenderlos... zorra.

Ella: Perdón. Ya deberías perderles el miedo... Éramos unos niños.

Él: Ahí estás tú, y yo... y los demás...

No, ya no. No prendas otro. Prefiero no ver nada. Podemos bajar la foto con nosotros.

Ella: Está bien. ¿Algún día vas a perdonarme por haberte quemado?

Él: Me tuvieron que cortar el pelo. Pensé que moriría...

Ella: De verdad, no sabía que dolía. Era pequeña, me daba curiosidad y tú te veías como esos ángeles de cabellera luminosa que nos mostraba en los libros la tataratía Leonor...

Él: Tonta...

Ella: Ya ves, así está mejor, mi amor. Tu risa siempre me ha gustado.

Él: ¿Dónde estarán los demás, María? No los grandes, esos fueron desapareciendo. Los otros, los que eran cómo nosotros.

Ella: En alguna parte. Deben haber tomado las habitaciones. Es una casa grande... Nunca he entendido porque decidiste que nos quedáramos en la sala. Es fría a veces.

Él: Antes todavía nos los topábamos a veces en los pasillos, en la cocina...

Ella: Eso era cuando comíamos, cuándo pensábamos que debíamos comer. Ahora... ahora estamos todo el tiempo en aquí en la sala, en nuestro lugar. Ahora sabemos que no necesitamos más. Por eso no nos los topamos; es raro que salgamos de la sala.

Él: Sí... Me gusta estar contigo... Yo temía que no quisieras estar conmigo.

Ella: Lo sé; no es la primera vez que lo mencionas. Pero igual me iba a quedar contigo. Siempre estuve contigo, como en la foto, no tenía porque cambiar... ¿Dónde estará la ventana?

Él: Los otros cambiaron...

Ella: Varias veces...

Él: Después de que la tataratía...

Ella: Y dale con ella... Pero nosotros no cambiamos. Siempre supimos que no cambiaríamos, tal vez hayamos experimentado menos así, pero igual no íbamos a conocer mucho...

Él: Sí, no podíamos. Sin salir de la casa no se puede conocer mucho. ¿Por qué Leonor no nos habrá explicado como salir?

Ella: ¿Para qué habría de explicarnos? Sólo los que buscan algo, como ella, salen. Y se fue, ella tenía algo que buscar. Se fue a buscarlo. Desapareció. Pero, ¿por qué lo dices? ¿te gustaría haber salido?

Él: No, Mirna, para nada. Era sólo por preguntar... La ventana no está aquí.

3

Él: Tanto buscar me dio sueño. Que lástima no haber encontrado la ventana aún. Quisiera ver a los Ortrupios.

Ella: Cuando éramos chicos nos quedábamos así. Tú sobre mis piernas y yo... Siempre has tenido suave el cabello. Decían, los demás, que estábamos al revés; que yo tenía pelo tieso de hombre y tú... Perdón, de verdad.

Él: Hace mucho que volvió a crecer, tranquila. Parece que aún vieras al chiquillo rapado al que le quemaste el pelo...

Ella: Lo veo. Escucho su risa en mis oídos y su llanto en mi mente...

Él: Nos quedábamos profundos en este sillón.

Ella: Te dormiste, amor. Está bien, durmamos, mi pequeño rapado.

Él: No acercarse al libro. Ella tiene la llave, ella la tiene. ¿De qué será el libro? ¡Leonor! Leonor, me cuesta moverme. Mi pensamiento no avanza, estoy en blanco. No puedo decir nada, no tengo nada que decir; las palabras han perdido su valor. ¿Alguna vez lo tuvieron? Estoy solo, estoy solo; somos muchos, pero estoy solo. Nunca he sido parte de nada y le pertenezco solamente a esta casa, a esta casta. Llorar no es de hombres, ¿qué significa eso? Todos temen a la muerte, yo estoy hartado, lleno, saciado ya de la vida. Aún así no puedo terminar, no hay cierre. No... no es... nunca. ¿Por qué no podemos desaparecer también nosotros, Leonor?!

Ella: Mi corazón. Olvidaba que podía latir tan rápido... ¿Francisco, dónde estás? ¿Sigues buscando?

Él: Rossana...

Ella: ¿Qué pasó, cómo llegaste al suelo?

Él: Me caí del sillón. Tuve el sueño más raro.

La tataratía estaba ahí...

Ella: ¡Que asco, Carlos! Eso ya es grosero...

Él: Calla, tonta. Hablo en serio.

Ella: Ah, bueno.

Él: ¿Tú recuerdas cuando llegaste aquí?

Ella: No... y tú tampoco.

Él: Exacto. Pareciera que aquí empezó todo.

Ella: Sí, aquí mismo en esta sala. Ella dándonos su discurso. Debería recordar, debería haber algo más...

Él: ...pero aún así no logro recordarlo.

Ella: ¿Qué soñaste?

Él: Ah, ahora si te interesa...

Soñé... fue... Nunca se me va a borrar lo que nos decía, a todos, estábamos todos, Carmen; lo que nos decía siempre después de poner su libro bajo llave. Nos juntaba aquí cada día y decía:

Ella: Mis pequeños, son ustedes unos parias, mal nacidos...

Él: ...nadie los quiere porque nadie quiere a quien nada quiere. Ustedes...

Ella: ...no buscan nada en este mundo y en él nada los busca a ustedes, ni la muerte. Escuchan lo que decimos los demás, los mayores,...

Él: ...pero no lo entienden. No quieren, fueron creados sin deseo. Por eso...

Ella: ...no salen. No porque no puedan si no porque no quieren. Nada...

Él: ...vale nada para ustedes, ni el tiempo ni ustedes mismos. Nada pasa...

Ella: ...para ustedes, ni el tiempo ni ustedes mismos. No tienen final porque no lo buscan.

Él: Por eso es que sólo por preguntar podrán enterarse de lo que sea, cosas que aún así no podrán entender. Son ustedes toda una camada perdida en la...

Ella: ...inmensidad de la vida eterna. Están aquí porque no entienden...

Él: ...ni siquiera estas palabras. Y hasta que eso cambie, y no es probable,...

Ella: ...aquí se quedarán.

Era una bruja.

Él: Nos adoraba.

Ella: Tenía razón.

Él: ¿La tenía?

Ella: Piénsalo, Julio... Estamos...

Él: ...vacíos de palabras.

Ella: No, vacíos de significados.

Él: Pero llenos de palabras. Palabras sin significado. Es cómo ella nos decía. Es como en mi sueño:

Hablaba y no entendía mis palabras, sabía que las decía pero no sabía qué decía. Leonor no me contestaba nada. Me miraba callada, sonriendo. Cómo queriendo que entendiera. Que tortura

Ella: Ya, ya, tranquilo, ya pasó. Esa fue tu pesadilla, ahora tendrás tu ilusión. Hay que esperarla.

Él: Es terrible, Elena. Lo hemos sabido siempre. Por eso ella y los otros mayores desaparecieron; todos buscaban algo. Se fueron yendo a buscarlo. Nosotros no tenemos nada, no buscamos nada.

Ella: Pero nosotros no queremos nada, tomamos lo que llega, sea lo que sea, lo digerimos y pasa a formar parte de nuestra colección de...

Él: Cosas inútiles. Lo ves, es como una maldición; como las de tus libros esos que lees mil veces en todas las direcciones posibles. Por eso cada vez es menos la comezón, no la buscamos, dejamos que ella llegue, no hacemos nada por encontrarla. Cómo todo lo demás. Y encima la ventana que no aparece.

¿Qué crees que sea?

Ella: ¿La ventana?

Él: No, el por qué de que no queramos nada. Estaremos enfermos... es lo más seguro.

Ella: No, Jaime. Las enfermedades hacen que uno desaparezca, porque cuando uno se enferma se busca una cura. Nosotros somos y punto. No podemos dejar de ser, así comenzamos a existir. No buscamos ni queremos nada; no empezamos, no nos desgastamos, no nos acabamos. Todos los que Leonor juntó en esta casa somos así.

Él: Entonces sí estamos malditos. Esa perra de Leonor logró reunirnos. Como fantasmas; sombras sin principio ni final. Nos enseñó lo necesario... a todos; nos dijo que hay palabras que sirven para nombrar personas, lugares y acciones. Palabras nada más, pero no nos puso un nombre concreto, ¿para qué? Si nunca íbamos a salir. No necesitábamos un nombre.

Ella: Nos enseñó a leer historias, para que pudiéramos aprender más de estas palabras huecas que no podemos usar más que para llamarnos el uno al otro y para recordar el pasado. Historias que nos enseñaran distintas formas de ser, de portarnos.

Él: Y ahora estamos llenos de combinaciones amorfas de letras sin valor alguno. Repetimos lo que hemos visto, leído, dicho, como parte de nuestro día a día.

Que miedo, ¿no?

Ella: No, realmente no.

Él: Tú ya soñaste tu ilusión, cuéntame de nuevo como fue.

Ella: Extraña, hermosa, epistogramaticofónica.

Él: Órale, está chida esa palabra... ¿Tú la inventaste?

Ella: Sí, apenas...

Tú estabas en mi ilusión; sólo tú y yo. Estábamos juntos, al pie de la escalera, mirando Ortrúpios que

pasaban. No había ni un Resémbalo.

Él: Que buen sueño...

Ella: See. Estábamos ahí y de pronto se me antojaban tus labios y los probaba...

Él: ¿Y a qué sabían?

Ella: A chocolates. De los cafés, porque los blancos me dan asco...

Él: Y los tuyos, ¿a qué sabían?

Ella: ¡Yo qué voy a saber! Deja de interrumpirme, carajito. Ambos teníamos una sensación de pez... de paz... de paz tan...

Él: ¿Ardidelosa?

Ella: Ajá... Algo acababa de pasar que nos hacía sentir ardidelosamente pacíficos. Y así se acabó, conmigo probando tus labios en la ardidelosa paz.

Él: ¿Y tú cómo sabes que yo estaba en paz?

Ella: No estabas en paz, sentías paz...

Él: Bueno, da lo mismo, ¿cómo lo sabes?

Ella: Pues no sé cómo lo sé, pero lo sé, vaya.

Él: Pues no puedes. Nadie sabe lo que otro siente a menos que pregunte.

Ella: Era un sueño, mi sueño, yo puedo saber lo que yo quiera en mi sueño.

Él: Pues no sé. Pero debiste preguntarme...

Ella: ¿Y para qué iba a hacer eso?

Él: Pues... Sólo por preguntar.

Ella: Es que es impresionante... ¿Cuántas cosas pueden pasarle a una ventana no muy grande y rosada?

Él: Ahora ya te preocupa la ventana. Te contagié.

Ella: No es eso. Lo que pasa es que ahora ya me entraron también las ganas de ver Ortrúpios.

Él: Te contagié, no te hagas.

Ella: ¿Sabes una cosa?... Mis primeras comezones me entraron viendo Ortrúpios.

Él: Ya... no juegues. ¿Ortrúpios?

Ella: ¡Óyeme, yo no me hago visiones con los lentes de la tataratía!

Él: Hoy me pasó por primera vez, lo juro. Pero, con los Ortrúpios... esas son palabras mayores.

Ella: ¿Celoso? Pues para que te lo sepas, aprendí a rascarme contigo... Así que agradécele a los Ortrúpios. Y a ti también te gusta verlos, por eso empezó esta buscadera. Si no fuera por los Ortrúpios, la ventana sería sólo otra cosa perdida.

Él: Sí... Me gusta contemplarlos. Son más lindos que los Resémbalos, y no acaban con los jardines.

Ella: Entonces agradece que la comezón no me entre con los Resémbalos.

Él: ¿Qué dices? Preferiría que fuera con los Resémbalos con los que te entrara la comezón.

Ella: ¡Chinga'o! A ti ni quien te entienda. ¿No lo odias?

Él: Sí, son feos, pero es que de esos hay más.

Ella: Mmm, eso sí.

Él: Pues... yo ya tuve la mía.

Ella: ¿¿Ehh??

Él: Mi ilusión. Ya soñé mi ilusión.

Ella: No te creo. ¿Y no me dijiste?

Él: Es que me daba penita...

Ella: ¡Ay, que tierno el cabroncín! ¿Y de qué fue?

Él: De muchas cosas. Como dijiste... episto... gramaticofónica. Pero no estabas sólo tú. Al principio estábamos todos, y yo tenía miedo. Tú me elegías. Al final, estábamos los dos solos, dormidos –que curioso –al pie de la escalera, bajo la mentada ventana a la que hoy le dio por desaparecer.

Dormíamos pegados. Había algo raro, teníamos algo raro.

Ella: Ardidelosés.

Él: No, otra cosa. Como eso, pero distinto.

Ella: Pues tu ilusión se cumplió. Sin la ventana, no puede cumplirse la mía.

Él: Al menos se cumplió la mitad.

Ella: ¿Qué insinúas, Sherlock? ¿Qué nunca has dormido pegado a mi?

Él: No, Alicia. Dormimos pegados cada noche, eso está bien, sobretodo si nos rascamos antes, cosa que ya casi no pasa... la comezón escasea, eso está mal.

Ella: Muy mal.

Él: Muy, muy mal.

Lo que insinúo es que nunca hemos dormido pegados al pie de la escalera, y tampoco hemos dormido nunca, con esa cosa que es como la ardidelosés pero diferente a ella.

Ella: ¿Ya ves como tampoco tú preguntas?

Él: ¿Qué?

Ella: No puedes saber si he sentido eso al dormir o no, a menos que me preguntes, tú lo dijiste, quizá tu ilusión ya se cumplió completa y no te has dado cuenta por no preguntarme si he dormido pegada a

ti sintiendo eso que es cómo ardidelosés pero diferente.

Él: Bien, ¿lo has sentido?

Ella: No tengo ni puta idea.

Él: Me haces una gracia...

Ella: Como quiera... Tú ya estás completo, me da un poco de envidia.

Él: ¿Envidia?

Ella: Retortijones en las entrañas, ganas de matarte por tener más que yo...

Él: He leído sobre la envidia, Laura. Quise decir: ¿por qué envidia?

Ella: La tataratía no se cansaba de decirlo... Sólo pueden aspirar a dos cosas en su interminable vida...

Él: Una ilusión y una pesadilla, lo recuerdo bien... Tal vez se hagan realidad, tal vez no. Pero cuando hayan tenido las dos, el residuo de propósito que quede en ustedes se irá... Serán inmortales sin propósito.

Ella: Esa Leonor sí que era sabia.

Él: No me cambies el tema. Mi punto es que no debería darte envidia. Encima de que no tenemos nada que estar haciendo aquí, quisieras quedar sin lo poco de propósito que en ti reside...

Ella: Pero eso tarde o temprano va a pasar. A mí sólo me falta mi pesadilla. Tarde o temprano la soñaré. Quién sabe si se cumpla, y sin ventana no puede cumplirse completa mi ilusión. Pero las habré soñado, mi pesadilla y mi ilusión, y habré perdido el propósito, tarde o temprano. Y de todos modos no me voy a acabar, así que prefiero que sea temprano... ¿Por qué no aparece la ventana?

Él: Que bien la imitas.

Ella: ¿A Leonor?

Él: Sí.

Ella: A ti tampoco te sale mal.

Él: No, no me sale mal...

Ella: Con eso de que sus lentes te dan comezón.

Él: ¡Ay, pero si...!

Ven acá, no corras.

Ella: ¡Nel, güey, paso!

Él: Te voy a atrapar.

Ella: Nunca; siempre he sido más rápida.

Él: Pero estás fea.

Ella: Y tú corres como anciano, corazón.

Ya, ya, me cansé. Me rindo, me rindo... No, cosquillas no. Jorgeee...

Él: Es tu merecido castigo...

Ella: ¿Qué? ¿Sólo por preguntar?

Ella: ¿No buscamos más?

Él: No, no tiene caso. Entre tanto cachivache...

Ella: Sí. Podría estar donde sea. Volveré a leer... Éste, éste no lo he leído al revés aún.

Él: Aquí todo son restos, nada está completo. Cachos de todo. Cajas llenas de partes que no están.

Ella: Oye, chivo, tengo una duda.

Él: Dime, linda...

Ella: Linda...

¿Por qué te da penita contarme que ya soñaste tu ilusión?

Él: Me daba...

Pues, es que la soñé hace mucho... Antes de que me eligieras. Pensaba que si te contaba que había soñado que tenía miedo de perderte, pues...

Ella: Pero para entonces yo ya te había contado la mía. Y tú eras el único que estaba conmigo en mi ilusión. Te lo dije desde que soñé que probaba tus labios.

Él: Por eso mismo, temí que pensaras que no confiaba en que...

Ella: ...se cumpliría mi ilusión. Al menos una parte de ella ya se cumplió. Yo nunca dudé de quedarme contigo.

Pudiste haberme contado de tu ilusión después de quedarnos juntos.

Él: Pude, pero temí... no sé.

Ella: Eres un miedoso. Me acuerdo que empezamos a juntarnos porque me daba miedo andar entre las cosas de noche. Fuiste el primero a quien se lo conté. Me llevabas por agua y al baño. Yo pensaba que eras el más valiente.

Él: Por dentro temblaba. Antes de ti, yo no podía andar entre los cachivaches tampoco.

Ella: Eso es mejor...

Él: ¿Qué?

Ella: Saber que no me llevabas, que nos llevábamos juntos.

Él: Hemos removido miles de cosas y ni así aparece, Julia.

Ella: Y de ver las que faltan me dan ganas de no ver Ortrúpios nunca más.

Él: Los Resémbalos deben estar riéndose de nosotros. Míralos, ahí enfrente. Con sus ojillos y sus bocas puntiagudas y negras.

Ella: Son horribles. Ahí sentados entre las ramas de los árboles del jardín principal, cómo espectadores de nuestra infinitéz. ¿Por qué será que habrán infestado primero la ventana más grande?

Él: Querían atención. Les encanta que los veamos, tan espantosos... Y esta ventana de acá enfrente no es chiquita cómo la rosada; es enorme. Algo tan grande no iba a perderse, ni siquiera en esta casa. Todo se pierde desde que desapareció Leonor.

Sí. Lo sabía... Invasores.

Ella: ¿Qué pasa?

Él: Mira la foto, no había ni un solo Resémbalo en la ventana en aquellos días.

Ella: Que vejestorio es esta foto, Jaime.

Oye, y aparte de eso que te pasó hace rato por primera vez con los lentes de la tataratía.

¿No te da la impresión a veces de que sigue aquí?

Él: ¿Leonor? Sí, aparte de mi pesadilla de hace rato, ya antes al caminar entre las cajas me pareció verla de reojo... ¿En esas cajas de la esquina ya buscamos?

¿Dónde habrá quedado esa ventana? Es tan desesperante no encontrarla.

Ella: Nuestra ropa era linda.

Él: Ya ni me acuerdo.

Ella: Poco a poco todo fue desapareciendo a cachos.

Él: Ajá... Eso nos espantaba mucho. De noche se oía ese zumbido, tan fuerte. En la mañana ya faltaba un pedazo de algo.

Ella: Lo primero que se fue: Los vestidos.

Él: Por mí mejor...

Ella: Siempre piensas en lo mismo. Parece que no te acostumbraras a verme casi sin ropa. Eres un...

Él: ¿Comezón?

Ella: No... ¿Y tú?

Él: No. De esa ya casi no queda nada...

Ella: Con toda la que había al principio.

Él: Te digo, aquí solo cachos de todo.

Mugre ventana. ¿Qué será de ella?

Ella: ¿No dijiste que no buscaríamos más, que no tenía caso, que entre tanto cachivache?

Él: Ya no sé ni lo que digo, no encontrarla me está desesperando. Nunca había sentido tantas ansias.

Me carcome pensar que no volveré a ver a los Ortrúpios...

Y ya me pasaba antes, eh? No vayas a decir ahora que me entran las ansias por saber que ver Ortrúpios te da comezón.

Ella: No, si yo no digo nada. Aunque si te entraran las ansias por saber que ver Ortrúpios me da

comezón, no te culparía.

Él: Y luego dices que soy yo el que sólo piensa en eso.

Ella: Oh, pues a mi también me hace falta.

Él: Entonces no digas que yo...

Ella: Ta bueno, no digo que tú...

¿Quieres que te ayude?

Él: No estaría mal. Sería más productivo que leer libros de cabeza.

Ella: Los leo al revés, de atrás para adelante, no de cabeza. Ya, no te enfurruñes. Te ayudo otro rato.

Él: Qué ansias, qué ansias...

Ella: Yo creo que no fue buena idea rascarnos en la mañana.

Él: ¿Por qué?

Ella: Porque nos rascamos ayer en la noche, y nos quedamos dormidos. Igual y la comezón esa con los lentes, era residuo de la de ayer. Si la hubiéramos guardado capaz que la buscadera ésta de la ventana nos daba más.

Él: Pues puede ser, pero ya no tiene caso discutirlo. Lo mejor será encontrar la ventana.

Oye, sólo por preguntar, ¿te acuerdas del libro ese que tenía la tataratía Leonor bajo llave? El que guardaba antes de echarse el discurso ese de todos los días.

Ella: Claro que me acuerdo del libro. ¿Seguro que es sólo por preguntar?

Él: ¿Así?

Ella: No.

Él: Y... ¿Así?

Ella: Emm... No.

Él: ¿Será que...?

Ella: A ver, trae acá... Se me hace que no entiendes bien los dibujos.

Él: P'ssss están bien raros...

Ve, yo no lo tengo así tan...

Ella: Aquí dice que si yo subo mis piernas y las pongo alrededor de tu cuerpo en posición de Kilguim, nuestros Teonis se tocan a través del Anram y...

Él: ¿Qué, Lucrecia? ¿De qué te ríes?

Ella: Ve, mira la imagen... ¿Qué parece?

Él: ¡Un Resémbalo! Qué asco, qué asco...

Con razón la tataratía lo guardaba bajo llave.

Ella: Pues aquí dice que eso da comezón.

Él: Ningún libro dónde hagan ver mi... Teoni como si fuera un Resémbalo vale la pena. Esos orientales están bien locos si practican estas cosas...

Ella: ¡Óyeme, no por nada es un libro sagrado!

Él: Ya, ¿cómo sabes?

Ella: Aquí dice, mira... Libro Sagrado.

Él: Chale. P'sss si, con razón... Igual y por eso no sabemos interpretarlo. Pero, como sea, ya estoy bien cansado. Ve, me tiemblan las manos.

Ella: Maldita ventana...

Él: Ni me la recuerdes. Pobres Ortrúpios, quedarán olvidados. No volveremos a poder verlos.*

Ella: Calma tú, salvador de minorías.

Él: En lugar de burlarte ven y siéntate aquí.

¿Segura que no tienes comezón?

Ella: Segura; yo creo que nos la acabamos.

Él: Pero los tienes duritos.

Ella: Porque los estás tocando.

Él: ¿Y esto no te da comezón? ¿Nada?

Ella: No, es...

Él: ¿Entonces por qué te tiembla la vena del cuello?

Ella: Eso es otra cosa... Como electricidad... Sí, como cuando algo da toques.

Él: Ah...

Ella: Mira, si yo me pongo detrás de ti, Pablo...

Ves, los tuyos también se ponen duritos.

Él: Sí... Y tienes razón, es diferente de la comezón. Pero me gusta.

Ella: Pues sí, pero da flojera; hay que turnarse; uno tiene que estar atrás...

A menos que...

Nada, olvídalo, me acordé de una de las imágenes del libro.

Él: Qué asco, qué asco...

Ella: Exagerado.

¿Escuchas eso?

Él: ¿Qué?

Ella: El silencio, me acabo de dar cuenta.

Él: ¿El silencio, Marianela?

Ella: Sí, el silencio. Es raro. Estaba tan acostumbrada a escuchar los ruidos de los demás, de los otros, vagando por el resto de la casa. Cada uno en sus lugares. Pero ahora ya no se escucha nada.

Él: Tienes razón, amor. Todo está muy silencioso. ¿Dónde estarán los otros?

¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

Ella: No sé, de pronto me empecé a sentir rara. Algo se avecina, no sé qué. Algo me crece en la panza...

Él: No te referirás a...

Ella: No, ¿qué caso tendría? No. Es cómo un vacío.

Cómo cuando duermes y te sueñas cayendo, esa sensación.

Él: Me... tu mirada me asusta.

Ella: Yo me asusto. No entiendo que pasa. Es cómo si alguien me estuviera diciendo algo, lo siento, pero no oigo las palabras. Qué desesperación, Francisco, qué impotencia.

Él: Tienes fiebre. Todo esto es mi culpa, es el cansancio. No debí mencionar la ventana, hemos

buscado demasiado...

Ella: Me siento diferente. Tengo ganas de salir.

Él: ¿De salir? Eso si que es diferente. ¿Para qué salir?

Ella: No sé, te digo que no entiendo. Algo me está abandonando.

Él: ...

Ella: Dame la mano.

Él: ¿Para qué?

Ella: Dámela.

¿Lo sientes?

Él: Sí, es extraño. Por primera vez siento las palabras al hablar. Siento su significado. ¿Qué es esto? Es cierto, algo se va. Una parte de nosotros, de lo que hemos sido...

Esto que pasó es culpa de la ventana.

Ella: Apenas puedo respirar.

Él: Apenas...

Apenas... A-penas. Tiene sentido.

Ella: ¿De qué hablas?

Él: ¿No lo sientes?

Ella: ¿Qué...? Ahora tú me estás asustando.

Él: Cierra los ojos, Anna.

Apenas, a-penas. ¿Lo sientes? Dejó de ser una palabra...

Ella: Sí, lo siento, es como si la viera tras de mis párpados cerrados.

Él: Apenas, a-penas... 1.- Adverbio que implica que una acción comienza a realizarse justo o casi en el momento en que se expresa. 2.- Puede referirse también a cierta acción que se realiza con esfuerzo. Por ello el uso del vocablo penas...

Ella: ...cuya sinonimia va desde dolores hasta dificultad.

Él: ¿Ahora ves a qué me refiero?

Ella: Dejó de ser sólo una palabra hueca. Todas... Ahora se sienten. Ahora tienen significado

¿Por qué?

Él: Algo perdimos; debe ser porque cambiamos algo... somos diferentes ahora.

Ella: Sí, pero ¿en qué? ¿Qué cambiamos?

Él: Nosotros...

Ella: ¿Nosotros...?

Él: Nosotros... No los otros, nuestros otros, nosotros.

Ella: Eso lo sabemos.

Él: Calla, déjame pensar. Deberías, también...

Ella: Es difícil, con cada palabra e idea explicándose a sí misma dentro de mi cabeza no se puede pensar... Es difícil entenderlo todo de golpe.

Él: Ya ves... Siento como si mi cerebro fuera a derretirse. Casi duele... Las palabras me hablan en la mente, me gritan sus significados.

¡¡¡CÁLLENSE YA!!!! Así está mejor, ¿no?

Ella: Sí, gracias. A ver...

Él: ...para descubrir qué cambiamos debemos recordar que somos...

Ella: Éramos.

Él: ...que éramos. Tal vez así sepamos qué fue lo que se nos fue. Lo que éramos, lo que éramos, lo que...

¿Qué éramos?

Ella: Éramos los que eran.

Él: ¿Los que eran?...

Ella: ¡Ay, con tanta conjugación no se entiende nada! Sólo me hago más bolas...

Él: A ver retrocedamos en el tiempo.

Ella: ¿Qué dices? Eso no se puede.

Él: Bien, imaginemos que retrocedemos. Así podremos pensar en presente y avanzar con los acontecimientos recientes.

Ella: Eres un genio, Albert.

Ambos: Nosotros somos los que son. Somos unos parias mal nacidos. Nadie nos quiere porque nadie quiere a quien nada quiere. No buscamos nada en este mundo y nada nos busca, ni la muerte. Eso es...

¡Sólo por preguntar!

Ella: Hay que encontrar la ventana, querido. Esto ya es personal.

Él: Pero la buscamos por todas partes, ¿dónde más puede estar?

Ella: Es un hecho que ninguno de los demás se la llevó.

Él: No, no han venido en siglos. Ya ni siquiera los escuchamos en los otros cuartos, ellos no pudieron habérsela llevado. Para qué la querrían. Tampoco buscaban nada.

Es que esa es la clave. Los que nada buscan y nada los busca...

Ella: Ni la muerte. Ni la muerte busca a los que nada buscan. Todo se vuelve cada vez más claro.

Él: Aún así, algo me dice que sin la ventana no llegaremos a ningún lado.

¿Viste ya entre tus libros?

Ella: ¿Qué?... Es ridículo.

Él: Sí, pero... A estas alturas...

Ella: ¿Qué te pasó, José?

Él: Sentí vértigo...

Ella: ...

Él: Alturas. Dije "Alturas"... otra vez.

Ella: Ah... Respira hondo y... así, así. Profundo. ¿Ya?

El: Sí. Te decía que a est... que en este momento ya no tenemos otras opciones.

Ella: Sigue siendo ridículo. La ventana entre mis libros... pero aún así. No perdemos nada.

Él: Tú quédate aquí y revisa. Yo voy a ver de nuevo tras la escalera.

No sé, no me veas así, tal vez se cayó.

Ella: Cómo digas.

Que curioso.

Oye, encontré algo...

Él: ¿QUÉ DICES? NO TE ESCUCHO BIEN.

Ella: DIGO QUE ENCONTRÉ ALGO.

Él: ¿LA VENTANA?

Ella: NO, ENCONTRE AL-GO, NO LA VENTANA. ALGO EN UN LIBRO.

Él: BIEN, SÓLO PREGUNTABA...

Ella: Sólo por preguntar. De veras que... ESCUCHA:...

Él: SÍ, ESCUCHO BIEN.

Ella: YA SÉ, CÁLLATE. DICE... A veces lo que deseamos es algo que buscar, lo que buscamos es algo que querer y lo que queremos es algo que desear. Sólo hay que encontrarlo.

Él: Me suena... ¿Qué querrá decir?

Ella: Me asustaste; pensé que seguías atrás de la escalera. No sé... Aún me parece enredado. ¿No estaba la ventana por allá?

Él: No. ¿De qué es el libro?

Ella: No tiene título. No sé ni por qué está aquí. Sólo me traje de la biblioteca los que ya había leído.

Él: No te entiendo, ¿por qué leer un libro más de una vez?.

Ella: Siempre dices eso. Eres muy repetitivo.

Él: Calma, yo no soy el que lee libros más de una vez.

Esto ya es demasiado, con todos los cachos de cosas y todos los trastos viejos que podrían desaparecer

sin causar daño desaparece la ventana que daba hacia la parte de afuera donde se ven los Ortrúpios, la ventana por la que vemos todos los días, nuestra ventana. La que la tataratía Leonor pintó de rosa...

Ella: ¿No se la habrán robado los Resémbalos?

Él: No creo, no pueden ser tan inteligentes. Y aunque lo fueran, cuando aún había ventana nunca vi uno solo pasarse por ahí. Ni han de saber que esa ventana existe.

Ella: Bueno, yo tampoco estoy muy segura ya de que exista.

Él: No juegues. Si tú también la has visto...

Ella: Pero si ya no está puede que nunca haya estado.

Él: Pero, tu ilusión...

Ella: Entiéndeme, ya no me queda más que desconfiar de mí misma. Y creo que tú también estás dudando. Tienes esa mirada de querer llorar.

Él: ... Eso qué... ¿qué tiene que ver?

Ella: Sólo te abstienes de lagrimear cuando dudas si es lo correcto.

Él: ¿Por qué siempre tienes razón?

Ella: Porque te conozco y sé que...

Él: ¿Qué? ¿Sabes qué?

¿Qué te pasa, qué ves?

No otra vez, por favor. Dime qué pasa... Tienes esa mirada extraña.

Ella: Ya estás demasiado paranoico.... ¡Já! Esto es perfecto.

Él: ¿Qué?

Ella: Cállate y mira...

Ambos: La Ventana.

Ella: Mira, ahí están los Ortrúpios. Apenas a hora veo lo maravillosos que resultan. Tal vez por estar hablando tanto de ellos...

Él: Tonterías, querida. Siempre han sido una maravilla viviente. Y ahí están... Tan... Del otro lado de la ventana que la tataratía Leonor pintó de rosa.

Pero si yo... Tu viste que... Te enseñé cuando...

Ella: Sí, ahí no había nada. Aún así estoy segura de que siempre estuvo ahí.

Él: Pero...

¿Por qué?

Ella: No creo que podamos saberlo. O...

Él: ...tal vez sí. Tal vez es como lo que decía tu libro.

Ella: Ya te dije que no conozco ese libro.

Él: No importa. Tal vez sólo necesitábamos algo que buscar.

Ella: Algo que querer...

Él: Algo que desear. Tal vez por eso ya no se escuchan las voces de los otros en los demás cuartos. Tal vez encontraron también algo que buscar y han ido desapareciendo.

Ella: Tal vez la presencia de la tataratía Leonor no era sólo imaginación tuya cuando creías verla de reojo.

Él: Exacto, Marta. Tal vez después de que desapareció ha ido regresando a llevarse cosas y por eso yo la veía. ¿Pero para qué? La ventana siempre estuvo ahí, en su lugar. Nos la escondió, nos tuvo buscando la ventana sólo por preguntar.

Ella: Algo que buscar.

Él: Algo que querer.

Ambos: Algo que desear...

Ella: ¿Sabes yo que deseo?

Él: ¿Qué?

Ella: Probar tus labios.

Él: Tú ya sabes a qué saben, lo soñaste...

Me encanta cuando pruebas mis labios. ¿Si supieron a...?

Ella: Sí. ¿Y los míos?

Él: ¿Qué?

Ella: ¿A qué saben?

Él: ¿Yo qué voy a saber? Tú eres la del sueño de los labios de sabores.

Ella: Payaso.

Él: A ver...

Ella: Y ¿a qué saben?

Él: A labios... Mira allá afuera, hay un Ortrúpico bebé. Hace mucho que no veía uno tan pequeño...

¿Lo sentiste?

Ella: Sí, como electricidad... Que lindos resultan los Ortrúpicos.

Ahhh... de pronto me entró un sueño...

Él: Si, debe ser por la buscadera... El estrés...

Ella: Oye, estas escaleras no son tan incómodas.

Él: Para nada incómodas. Me gusta estar así...

Estaba pensando...

Ella: Mmj...

Él: Ahora ya no podemos llamarnos de cualquier modo, portarnos de cualquier modo... ser de cualquier modo... Ahora ya no.

Ella: No... ahora... ya no.

Él: Me estás pegando el sueño con tanto bostezo.

Me acabo de dar cuenta.

Ella: ¿Sí...?

Él: Hoy se cumple la segunda parte de mi ilusión...

Ella: Y... la mía... completa.

Él: Tu cabello se siente suave.

¿Me quieres?

Ella: Te... amo...

Él: Es lindo entenderlo, ¿no? Todo... Lo que decimos, lo que somos, lo que buscamos. Todo.

Ella: ...

Él: Pero...

Ella: ...

Él: Nada es... eterno, ni nosotros... ¿O si?... Perdimos la... falta de final, ya tuvimos algo que buscar,

¿no? Aunque tal vez esto sea solamente un nuevo comienzo... Estoy tan cansado. Creo que estamos desapareciendo por fin. ¿Se habrán sentido igual todos los demás?

Así... en ardidesosa paz...

Ella: ...

Él: Digo... sólo... por... preguntar

Poco a poco, mientras ellos duermen pegados, respirando cada vez más lento, llega el:

OSCURO FINAL

Aureliano Castillo León

20 de agosto de 2009

19:57 hrs.

1ª Revisión 25 de Julio 2010

2ª Revisión 13 de Mayo 2014

*Podría pensarse, a golpe de vista, que la frase anterior está mal construída y que en su lugar debería decir: no podremos volver a verlos. Sin embargo el sentido de la frase va más allá. Cómo los personajes comprenden, al final de la búsqueda, la ventana siempre estuvo ahí. Es así que nada les impedía volver a ver a los Otrúpios, y aún así no tenían el *poder* de hacerlo, es por esta razón que la construcción es: No volveremos a poder verlos. Eso es lo que ellos creen en ese momento, sin saberlo.